

**LA MODELACIÓN TEÓRICA COMO MÉTODO
DE APROXIMACIÓN FILOSÓFICA Y TEOLÓGICA
A LA REALIDAD EN FERNANDO RIELO.
UN ESTUDIO SOBRE LA OBRA DE JUANA
SÁNCHEZ-GEY VENEGAS *FERNANDO RIELO,
UNA BIOGRAFÍA INTELLECTUAL.***

THEORETICAL MODELING AS A METHOD OF
PHILOSOPHICAL AND THEOLOGICAL APPROACH TO
REALITY IN FERNANDO RIELO. A STUDY ON THE WORK
OF JUANA SÁNCHEZ-GEY VENEGAS *FERNANDO RIELO, AN
INTELLECTUAL BIOGRAPHY*

Jesús Sáez Cruz, SDB
Facultad de Teología de Burgos

Resumen: *Después de presentar una síntesis de la obra de la profesora Gey-Venegas, necesaria para el estudio posterior, el artículo se centra en su asunto principal, valorando críticamente el método mismo de Fernando Rielo, es decir, la creación de un "modelo", que desarrollará desde varias perspectivas y comprobará como verdadero. Se pretende así responder a la pregunta de si es legítima la modelación como método filosófico y teológico.*

Palabras clave: *Fernando Rielo, modelo genético, metafísica, antropología, mística, pedagogía, poesía.*

Abstract: *After presenting a synthesis of professor Gey-Venegas's work, necessary for the subsequent study, the article focuses on its main subject, critically assessing Fernando Rielo's method itself, that is, the creation of a "model", which he will*

develop from various perspectives and prove to be true. It is thus intended to answer the question of whether modeling is legitimate as a philosophical and theological method.

Keywords: *Fernando Rielo, genetic model, metaphysics, anthropology, mysticism, pedagogy, poetry.*

1. PROBLEMÁTICA PRINCIPAL

El problema principal que hemos de afrontar es el del método aplicado a la investigación filosófica y teológica. Nadie duda de la validez de la filología y sus métodos para esclarecer el significado de las palabras que usamos. En las ciencias brillan los métodos de la verificación cuantitativa, comenzando por la observación, la inducción, las hipótesis, para acabar con la comprobación y las conclusiones. En el ámbito de la sociología se suele proceder con un trabajo de campo, que, después de la primera toma de datos, procede a la hipótesis teórica mediante un modelo referencial que se puede aplicar a otros casos.

En Fernando Rielo nos encontramos como punto de partida de sus estudios sobre el hombre, la relación del hombre con Dios y Dios mismo, la opción por un Modelo (término que él escribe con mayúscula), referido al Absoluto. Este modelo también tiene el rasgo de la “geneticidad” porque está en origen de las cosas y personas, creadas por Dios mismo.

Pero si en la sociología el método de la modelación tiene una justificación teórica¹ en la observación primera, de la cual se abstrae e intuye una idea básica, que acaba aglutinando el entramado teórico, ¿dónde está realmente la justificación teórica del modelo en Fernando Rielo? No hay escritos de Fernando Rielo sobre la justificación de este modelo. ¿Se puede dar por válido un modelo sin tenerlo justificado? ¿No podría aparecer como una creación literaria aplicada a la filosofía y la teología sin ningún valor teorético-científico?

2. SÍNTESIS DE LA OBRA DE JUANA SANCHEZ GEY, “FERNANDO RIELO, UNA BIOGRAFÍA INTELECTUAL”

El objetivo de este estudio breve no es presentar un mero resumen del libro ni calificarlo dentro de toda la producción que interpreta el conjunto de la obra de Fernando Rielo, sino señalar las líneas claves de este libro y ofrecer una sucinta reflexión sobre él de manera que estimule su lectura.

Ciertamente, era necesaria una obra introductoria al pensamiento omniabarcante de Fernando Rielo, en el que se enlazan filosofía, teología, pedagogía,

¹ Cf. Olga Lidia REYES PIÑA y José Antonio BRINGAS LINARES, “La Modelación Teórica como método de la investigación científica”, en *Varona* 42 (2006) 8-15.

psicología, ética y poesía, con la transversal formada por la mística. Sin duda, para acometer algo que exige un esfuerzo semejante se necesita una gran formación intelectual en todos estos campos. Juana Sánchez-Gey ha sabido penetrar los entresijos de este pensador, teólogo, poeta y místico, de manera que se identifica totalmente con él. En este texto, después de sintetizar las aportaciones de la autora, apuntaremos posibles tareas pendientes para una profundización posterior en el pensamiento de Fernando Rielo.

Distinguiamos *dos puntos de partida* íntimamente entrelazados: el ideológico y el metodológico. El punto de partida *ideológico* del pensamiento original de Fernando Rielo es la crítica a lo que considera origen de todos los males del pensamiento occidental, que es el principio de identidad, en razón del cual toda aportación que se fundara en él caería en la tautología (lo que recuerda al dicho de Parménides: “El ser es el ser”).

El punto de partida *metodológico y formal* es la creación original de un “Modelo”, con el cual ir aplicando su desarrollo en las distintas partes del programa filosófico-teológico por él concebido. Aunque aludiremos al principio de identidad, aquí iniciamos nuestra exposición desde la perspectiva metodológica.

El Modelo genético

Suponiendo que “toda ciencia ha de pensar desde un Modelo” (11)², Fernando Rielo busca un modelo como punto de partida: la “concepción genética del principio de relación” (17) como principio para el pensamiento y principio de la realidad. Desde el modelo se repiensa al hombre (giro antropológico), se afronta críticamente el dinamismo mismo del pensar (nueva gnoseología) y se formula el modelo del ser, a fin de explicar la “totalidad de la realidad”.

El “modelo” es fundamento tanto en el orden del ser como del pensar y ha de expresar en sí mismo los dinamos propios de todos los ámbitos de la realidad. En definitiva, la “relación” (base del modelo) se presenta como alternativa a la “identidad”. Como el modelo ha de fundar todo (tanto el ser como el saber), califica Fernando Rielo al modelo como “genético” (contrapuesto a su vez a lo estático, propio de la identidad): “La geneticidad de la relación frente a la ageneticidad de la identidad” (18), o “ruptura de la identidad” (26).

El modelo genético supone como constantes de todo pensar metafísico: a) la elevación del pensamiento al absoluto o al límite (va siempre a más); b) la ruptura de la identidad y c) el remonte del ámbito fenoménico al ámbito del ser profundo. En él intervienen las tres facultades: inteligencia, que tiende a

² Cf. Fernando RIELO PARDAL, *Mis meditaciones desde el modelo genético*, Madrid, Fundación Fernando Rielo, 2001. Las páginas colocadas entre paréntesis se refieren a esta obra: Juana SÁNCHEZ-GEY VENEGAS, *Fernando Rielo. Una biografía intelectual*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2020.

conocer más; el deseo y la voluntad (*sic*), que conduce al compromiso ontológico y la unificación con el *Arjé* o principio absoluto. Pero estas constantes no se presentan como hallazgo de una búsqueda fenomenológica, sino como condiciones o supuestos de todo pensar metafísico; por lo tanto, forman parte del punto de partida metodológico.

El Modelo (la concepción genética del principio de relación), como principio de todo lo existente, tiene carácter de “Absoluto” (“Modelo Absoluto”) (19) y se realiza en las ciencias supremas (metafísica-teología, ontología-mística, antropología y gnoseología-metodología). El pensamiento que piensa el modelo es una “razón dianoética” (20), es decir, avanza fundamentalmente como “intelectus” o “nous”. Fernando Rielo lleva la relación al origen de todo, también del pensamiento teológico: la relación genética por lo menos ha de tener *dos polos* o *dos términos* de esa relación: Padre-Hijo. Luego la revelación aportará otro término más (el Espíritu). Así tenemos los tres términos o personas divinas en el modelo de relación.

La concepción genética del *principio de relación del Modelo*, aplicada al método, pero con contenidos materiales del Modelo, implica: a) la aceptación de una realidad abierta a otro; b) la reflexión metafísica; c) el principio del tercio incluso; d) la constante del filosofar (23, 25), para evitar interpretaciones sesgadas.

Los *tres momentos de toda filosofía*, extraídos del estudio de la historia de la filosofía y de la propia experiencia de Fernando Rielo como pensador, son: 1) llevar la experiencia al límite pensando un sentido último de todo (podríamos decir, con otras palabras, que parte de la experiencia y llega al fundamento de la misma), 2) buscar unificar la experiencia (no se conforma con exponer o relatar la experiencia contingente, sino que esta se lanza hacia una visión unitaria de la misma de carácter absoluto), 3) e implicar un compromiso ético de carácter personal, fundada en el amor (toda filosofía tendría que acabar en una praxis solidaria como momento de la misma).

Es filosofía “genética” porque *genera* una “visión bien formada” (esta expresión es una forma de calificar el “supuesto” del que parte el modelo: está de acuerdo con la realidad, es decir, es una filosofía verdadera). Además, como *metafísica* busca experimentar al Sujeto Absoluto (y sus relaciones *ad intra*); como *ontología/antropología* o *mística*³ se centra en la persona humana y su relación con el Ser fundamentante, es decir, trata de la divina presencia constitutiva del Sujeto Absoluto en la persona finita (95); como *gnoseología* (metodología) se centra precisamente en el conocimiento del propio Modelo y la apertura del hombre al Absoluto como su origen, y a su carácter connatural y conformador para la persona humana.

³ Cf. Fernando RIELO, *Concepción mística de la antropología*, editado por José M^a López Sevillano y equipo de la Escuela Idente, Madrid, Fundación Fernando Rielo, 2012.

La capacidad metafísica adviene al hombre como apertura de la inteligencia al Absoluto, aunque por su vulnerabilidad puede caer en reduccionismos (uno de ellos es la absolutización, contra la cual propone Rielo la absolutivación) (52-53).

Metafísica como "ciencia del Absoluto" (43).

He aquí el núcleo fundamental del pensamiento de Fernando Rielo. El Modelo es un Principio o Fundamento, o Sujeto Absoluto, que se da y se realiza en todo lo fundado: ser, conocer y actuar, a lo cual ya hemos aludido anteriormente.

La *metafísica* explica el Modelo o Sujeto Absoluto; y es la ciencia que unifica todo el saber. Supone que:

1. *Toda la realidad es relacional y abierta a otras realidades y al Absoluto*, sobre todo la persona humana, como ser finito, es abierta al Ser Infinito (distintas formas de experiencia del Absoluto: religión, cultura, filosofía).
2. *El amor* (síntesis de toda la persona en el orden del ser y del conocer) es la *vivencia que posibilita compenetrarnos con el Modelo* (en todos los órdenes transcendentales: bien, verdad, ser, hermosura).
3. *Razón y revelación se complementan y compenetran* para entender y explicar al único Sujeto Absoluto, en dos personas (seres de máxima dignidad) divinas, en inmanente complementariedad intrínseca y única aseidad o congeneticidad.

El sentido deificante (visto desde la razón natural) y el sentido transverberante (vistos desde la fe como metafísica teológica) conforman la interpretación de la persona humana abierta y unida al Sujeto absoluto.

Apertura no significa conocimiento unívoco y unitario de forma tautológica de Dios (sería una absolutización), sino una relación "bien formada" (adecuada y verdadera) con Dios. Así la persona encuentra su unidad con lo divino.

La metafísica, como ciencia suprema del Absoluto o Modelo genético (engendrador de vida), estudia las manifestaciones del Modelo como plenitud del Ser (*sic*), y la vivencia experiencial y reflexiva del Absoluto (*ad intra* en su propia realidad y *ad extra* en lo creado), como límite último (ultimidad) al que el hombre está abierto y tiende.

El término "genético", como calificativo del Principio de relación, significa "relación constitutiva y estructural" (62), no basada en una identidad ontológica consigo mismo. Por eso es "relación genética"⁴. "Gene" es el estado en que queda el espíritu en virtud de esa divina presencia" (64). El gene no es la

⁴ En realidad se trata de una "relación congenética" de las dos personas divinas, por lo menos.

divina presencia, sino “la huella de la presencia” (64). Esta “estructura constitutiva del ser humano” (63) es el resultado de la acción de “la divina presencia constitutiva en el espíritu sicosomatizado” (63).

La mística es el saber que trata de la “actuación de la divina presencia constitutiva del Absoluto “en” y “con” el espíritu humano. El Modelo de relación absoluto (como Ser absoluto) inhabita en la persona humana. La relación, genéticamente concebida, no es un “ser en” (accidente de la sustancia), ni ha de entenderse desde la respectividad (zubiriana), sino que está determinada (en sí) y definida (por nosotros) mediante *dos términos* o polos que la constituyen. Es el orden de la experiencia humana. Se reconocen aquí dos niveles: el nivel absoluto, *ad intra*, y el nivel “ad extra” como un “éxtasis” (abierto a todos, sobre todo al Absoluto). La relación es, pues, “principio constitutivo de la realidad entera” (72).

La naturaleza y la persona humana

La antropología estudia la actuación del Absoluto en la persona humana y se denomina ontología o mística. Fernando Rielo distingue aquí también dos órdenes (niveles de análisis): formal y transcendental.

Formalmente, “la naturaleza consiste en la existencia de un espíritu psicosomatizado, singular, finito, limitado formalmente, aunque abierto a la transcendencia” (57-58). “La antropología transcendental se refiere al estudio del acto, razón, forma y estado de ser en que queda el espíritu en virtud de su apertura al Absoluto” (57). La “forma de ser” es su naturaleza, el “acto de ser” nos envía a su esencia unitiva, y su “estado de ser” remite a la conciencia; la “razón de ser” se encuentra en la comunicación con el Absoluto. La unión de amor (compenetración) con el absoluto es denominado “transverberación” (62). Rielo distingue naturaleza y persona:

- La *naturaleza humana* (espíritu psicosomatizado) es menos que la persona, que en su espíritu tiene la divina presencia constitutiva del espíritu Absoluto. “La presencia del Absoluto en el ser humano personaliza al espíritu, lo genetiza y lo estructura mediante la ley de la perfectibilidad y los atributos” (51).
- “La persona humana es un ser consciente, intelectual, volitivo y libre” (51). “Persona es naturaleza humana inhabitada por la divina presencia constitutiva” (67). La antropología estudia la proyección del Absoluto en la inteligencia, en la voluntad y en la unión. “Persona es un ser +” (68), por la apertura de su espíritu al Absoluto y por la presencia de las divinas personas en el espíritu humano. Evoca ese “patrimonio genético” que es la riqueza de la habitación de Dios en el espíritu humano, que incrementa los dones encarnados en atributos ontológicos (virtudes, perfectibilidad, etc.). Las personas divinas nos personifican.

Rielo habla de “soma, sique y espíritu” como momentos o niveles de la realidad humana. *Soma* evoca el momento biológico-orgánico. *Sique* se refiere al alma. El *espíritu* da unidad al todo y asume las funciones de la psique y del soma. En resumen, “el ser humano recibe hereditariamente, el sicosoma en el espíritu creado y en él se infunde la divina presencia constitutiva” (59) (65), de carácter “increado” (64). Las funciones sicosomáticas son: producción de la inteligencia por la razón tanto de las ideas como de los juicios y raciocinios; lo propio de la voluntad son los deseos, afecciones y estimaciones; la facultad unitiva tiene pasiones, tendencias e impulsos. Las funciones sicoespirituales son: la intuición de la inteligencia, la fruición de la voluntad y la libertad de la unión (facultad unitiva). En la libertad se engarza toda la vida moral y ascética y la vida de unión con Dios (vida mística). Las facultades radican formalmente en el alma, pero transcendentalmente en el espíritu (77).

La experiencia humana es siempre relacional con todas sus facultades, pero Fernando Rielo la denomina “consciencia”. La experiencia manifiesta espacial y temporalmente la vivencia que radica en la consciencia. La *consciencia* es entendida ontológicamente no como algo que afecta solo a los sentidos, sino al ser mismo del hombre. Consciencia es “la apertura del ser finito a lo infinito” (54) (Absoluto, Creador, etc.). La *vivencia* humana siempre es el vínculo relacional de la persona con alguien (con-vivencia). La consciencia no es autopercepción, sino *consciencia relacional*, que une en vínculo vivencial a la creatura con el creador (113). Es decir, es consciencia de la Presencia constitutiva del Absoluto que dona a la persona humana la plenitud y posibilita el dominio y el éxtasis (salir de sí mismo) en su acción de entrega unitiva, como apoteosis de su libertad.

La vivencia primordial, como momento psíquico de la persona, “se origina en el momento mismo de la concepción” (54). Aquí nos situamos en el orden del ser. Por eso, tenemos experiencia Dios mismo, que tiene una presencia real en el hombre (aunque síquicamente se sitúe en niveles inconscientes). Esta vivencia primigenia la tiene todo ser humano, porque es la primera vivencia, intimidad constitutiva, es decir, consciencia de la divina presencia que constituye a la persona... “Este vínculo del sujeto con el Absoluto, de la criatura con el Creador es la vivencia propiamente humana” (54). Es la apertura de nuestro espíritu al Infinito o Absoluto, denominada también “vida mística”. El hombre se define como “ser místico” (55), y “consecuentemente un ser espiritual” (72). El vínculo relacional ontológico de la persona humana, incluso desde la concepción, es “unitivo o místico” (61). “Mística” es la experiencia de la vivencia que tenemos de los valores, ejercitando la virtud y el amor (65). Supone el amor de Dios y la “conciencia filial” (66)⁵, independientemente de la

⁵ La conciencia filial se expresa hacia los demás como “testimonio filial”. Cf. Fernando RIELO, *En el corazón del Padre*, edición de José M^o López Sevillano y equipo de la Escuela Idente, Madrid, BAC, 2014, pp. 3-63.

cultura, raza, tipo de creencia, e incluso la increencia. Este vínculo es perceptivo, comunicativo y unitivo. Une la realidad abierta de la persona a su fundamento que es el Absoluto. La persona, precisamente, es “razón unitiva” (70).

Esta experiencia es integradora de nuestras vivencias, nos unifica, comporta la práctica de las virtudes, la plenitud de la existencia, la pacificación interior y la unión con el Dios que otorga el don de la felicidad. Esta experiencia es estructuralmente comunicativa. La divina presencia es inexplicable y “desborda todo lenguaje” (56). Toda vivencia es convivencia, por ser comunicación con el Absoluto, como un plus de la experiencia, que llega a ser “éxtasis” abierto al Infinito, que le estructura como abierto siempre, es decir, como “un +”, que es siempre “energía constitutiva” (71) y proyección al futuro positivo en libertad.

El conocimiento espiritual

El hombre desea naturalmente interpretar la realidad conocida. Si deformamos la realidad al interpretarla, no conocemos el Absoluto, sino que absolutizamos la realidad. En la medida que el Absoluto funda todas las cosas, podemos conocerlas correctamente como fundadas en él, del que cobran su sentido. Es la “absolutivación” de la realidad, contraria a la “absolutización” (79-80). En este sentido el Modelo genético inspira la visión de la realidad bien formada o verdadera. Entonces nace el compromiso ético. Convivir con el “Absoluto” como modelo interpretativo del sentido de la vida evita la superficialidad y la creación de falsos dioses (egotización); y es fuente de realización personal (santidad, vida mística) en la práctica cotidiana de los valores transcendentales (bien, verdad y hermosura) que es vivencia y experiencia del amor. Así se supera el dinamismo identitario para alcanzar la realización de sí en la relación interpersonal con el Absoluto y con los fundamentados “genéticamente” en él.

Aportación a la teología

La aportación más importante a la teología es su interpretación del Absoluto, desde el Modelo del principio genético de relación, tanto considerado en sí mismo, o *ad intra*, como en su creación o *ad extra*.

Ad intra, distingue dos órdenes: uno racional y otro revelado. Racionalmente postula en el mismo sujeto absoluto dos seres personales: “menos”, sería imposible (tendríamos identidad absoluta); “más”, sería ir contra la simplicidad, con exigencias mínimas. Por revelación acepta las tres personas divinas, en “inmanente complementariedad intrínseca” (90 y 92-94).

El Absoluto *ad intra* es único e imposibilita otro absoluto *ad extra*. La “nada absoluta” no tiene sentido, pues caeríamos en la “paradoja del doble absoluto” (88). La reflexión de Fernando Rielo, según ha quedado explicado, parte del Modelo genético: no admite la afirmación parmenéida: “el ser es el ser” (caeríamos en la identidad absoluta). Entonces postula que ser es “ser +” (90), con el significado de “el ser tiene gene” (91), como principio genético desde el cual comprende el primer ser personal divino (Padre) y el segundo ser personal divino (Hijo). El único amor absoluto es relacional, binaria o trinitariamente (99) según la perspectiva racional o de la revelación, como concepción genética de la única esencia (aseidad) de la realidad divina (“transverberación”) en tres personas: engendrar (Padre), ser engendrado (Hijo) y el espirar de ambos (Espíritu).

La imposibilidad de la nada absoluta posibilita la libre creación del mundo y del espíritu humano como decisión amorosa del Sujeto Absoluto, que deja un vestigio de su amor, verdad y belleza en las cosas creadas (*presencia vestigial* del Absoluto en lo creado como distinto del mismo Creador). *Metafísica* (nivel racional) y *Teología* (orden revelado) se complementan generando la Mística. Queda patente que es imposible la identidad absoluta de las personas divinas (106).

La persona humana con su inteligencia y voluntad está abierta a una experiencia del Absoluto que la trasciende, pero que descubre como presencia constitutiva y relacional. El yo finito es *capax absoluti*, por gracia puede vincularse en experiencia fundante e intersubjetiva. Siempre el Absoluto es + que nuestro yo: le atrae, constituye y realiza como persona abierta al Absoluto, que se presenta como “voz” (98), que llama y define entre la realidad de las cosas y de las personas. La unión de la persona humana a las personas divinas define el ser y el actuar de la persona humana, siempre receptiva de los dones de Dios. Aquí radica la máxima dignidad de la persona humana (100). La divina presencia constitutiva actúa creando en el hombre la estructura genética: ser hijo de Dios o “mística deidad” (carácter *deificans*) que actualiza la “divina Deidad” (102), como principio epistémico, capaz de dar a conocer a Dios y principio santificador y, por esto, codificador del ser y actuar del yo finito (98), que es apertura genética y unitiva al Absoluto.

No podemos abarcar absolutamente a Dios *quoad se*, sino acercarnos a Dios *quoad nos* (93). A este respecto hay que distinguir entre metafísica, que trata del Sujeto Absoluto desde la razón, de la Teología, que aborda el estudio del Absoluto desde la revelación. La razón humana contempla la Verdad divina no teóricamente, sino con todas las facultades personales (emoción y sentimiento) por la asunción del espíritu (100) de la naturaleza humana. En el orden de la gracia (estado de ser santificante) hay una elevación del ser humano, por la divina presencia constitutiva del Espíritu Santo, cual mística procesión o procesión radical, que posibilita las virtudes y otros dones en la práctica de

las bienaventuranzas (103). Aquí la acción divina es compartida por la acción humana en mística “congeneticidad” (106), de modo que hace a la persona libre y responsable de sí misma, es decir, capaz de amar divinamente (amor metafísico), pues está transverberado o compenetrado por la divina presencia constitutiva (105). Es una “acción de Dios en el ser humano con el ser humano” (103). Es un acto sinérgico de Dios y del hombre (acto teantrópico).

La persona humana espiritualmente se transforma: consiste en un “morir” a sí misma para alcanzar su plenitud amando, que es “vivir” para Dios. Es un camino de purificación y unificación con su Origen y Destino como fuente de creatividad y belleza. Este “éxtasis” define al ser humano y en él alcanza su plenitud y autenticidad (117-118).

Aportación a la pedagogía

La producción de literatura pedagógica en Fernando Rielo saca las consecuencias para la práctica educativa de los principios metafísicos y ontológico-antropológicos ya expuestos. Si la persona es definida no por la identidad consigo misma, sino por su apertura y relación al Modelo Absoluto (y las personas divinas que lo conforman) y a las otras personas humanas, y es el amor infinito (éxtasis) el carácter principal de Dios y el éxtasis unitivo el determinante realizador de los humanos, desde la concepción genética de la persona se ilumina la teoría educativa y la práctica pedagógica.

La educación en valores queda plasmada desde la educación a la conciencia de la divina presencia constitutiva que nos aporta toda la riqueza (como herencia genética) que se concreta en el cultivo de las virtudes, en la práctica de los valores y se ilumina desde la ley de la perfectibilidad, que supone un camino nunca acabado en la praxis educativa. El Principio (Modelo) se realiza en los principiaados. El Absoluto, que es aceptado como tal, se actualiza místicamente en el obrar del ser humano. Actúa en el hombre y con el hombre, es decir, con su consentimiento en libertad. Por eso es educativo y perfectivo de la persona. Pues la comunicación al hombre le capacita para el dominio de sí mismo, y la práctica virtuosa (todas las virtudes tienen cierta unidad vital en el ser y actuar de la persona humana). Si se rechazara esta vivencia de la dimensión sobrenatural, esta “hondura espiritual” (140), se empobrecería el ser humano.

La clave del progreso y desarrollo de la educación es un arte. “El arte de educar” (*ars educandi*) es la máxima expresión del amor o del éxtasis personal, porque pone al educando en la posibilidad de realización más plena, activando las potencialidades del espíritu y facilitando su desarrollo; y transmitiendo las actitudes que conforman la “conciencia extática, capaz de amar, de contemplar, recrear, asimilar y convivir el mejor bien, verdad y hermosura posibles” (141).

La pedagogía del éxtasis es liberadora de todas las potencialidades personales: la práctica de la salida de sí mismo (éxtasis) realiza, es decir, previene, transforma, simplifica procesos (humildad, autenticidad) proyecta un mundo de valores personales y suscita un dinamismo creativo y firme de entrega personal y comunitaria (por sus relaciones interpersonales) y se centra en unas relaciones abiertas y comunicativas, basadas en la confianza, la lealtad y la seguridad que expresan la energía propia del amor vivido.

Visto con mirada trascendente (sobrenatural), el Absoluto se manifiesta y realiza en la pedagogía del éxtasis: educador y educando envueltos en la misma relación (genética) amorosa (por la divina presencia constitutiva) que posibilita la práctica de los valores (y las virtudes que los expresan culturalmente) y ocupa la vida entera, reduciendo el egoísmo e incrementando el amor (147).

Acercamiento a una Psicoética⁶ teológica

Ética y psicología se necesitan mutuamente para expresar sus principios y condicionamientos. Fernando Rielo se inspira en el Evangelio y habla de "humanismo de Cristo". El saber que expresa la relación de las personas humanas entre sí y con el Absoluto es la ciencia del amor de Cristo. Así pues, con palabras de Juana Sánchez-Gey, "la sicoética centra la relación de la persona con el Absoluto y desarrolla de forma integradora, plena todo el contenido de la estructura ontológica o mística del ser humano sin ocluir su dimensión espiritual, personal, social, etc." (151).

La psicoética recoge el saber unificado de dos campos (ética y psicología). Pero Fernando Rielo lo fundamenta todo desde el Modelo genético que ya conocemos. Por lo tanto, la psicoética implica la antropología (ontología) o mística. Pero el núcleo más íntimo de la persona, como centro profundo de decisión personal y de intimidad, no entra en ninguna disciplina: ni es algo orgánico ni psíquico ni se identifica con el puro centro decisional de la libertad. Aquí la persona es realidad abierta al Absoluto donde se encuentran la finitud del espíritu psicosomatizado y el Absoluto infinito: transcendencia y presencia ocupan un ámbito sobrenatural-espiritual.

En esta presencia del Absoluto en la persona humana, la acción teantrópica supone en el hombre el momento ontológico y ético (valoraciones y decisiones) que son simultáneamente del hombre y de Dios (156). Su *lugar teológico* sería el momento del *espíritu*, que asume las funciones orgánicas y psíquicas, en la medida de su necesidad de acción, que metafísicamente remite a su

⁶ Cf. Fernando RIELO PARDAL, "Filosofía sicoética", en *Mis meditaciones desde el modelo genético*, *op. cit.*, 121-142. Fernando Rielo escribe "sicoética". Prefiero escribir la palabra iniciando con "p" por razones de su origen griego. La "psi" no es la "sigma".

fundamento, es decir, al Modelo como su Principio (de relación genética). La perfección personal radica en el amor (éxtasis) como fuente de motivación. Pero la fuente verdadera en el éxtasis es la misma gracia divina santificante.

La transversal poética (y la música)

No es posible dar a conocer a Fernando Rielo sin estas claves hermenéuticas de su obra. La poética⁷ es una transversal a toda su obra, porque su creatividad necesita de la expresión poética para significar mejor los conceptos envueltos en metáforas (cuyo significante es más emotivo que racional). En la poesía vehicula la imagen de un Dios cercano, tierno (que nos besa) trascendente; y que sufre y goza con quien acepta su relación.

Unidad, ser, bien, belleza se recubren mutuamente. La pulcritud en la expresión permite matizar la calidad del bien y las cualidades del ser de las cosas. La poesía expresa de la mejor forma posible el sentido último y trascendente de la vida, la vivencia de la presencia constituyente; y comunica la profundidad de la experiencia en el compromiso del amor.

Las metáforas posibilitan el lenguaje místico, y expresan el “toque mediante el cual el poeta conoce a Dios y Dios le conoce” (168). La poesía, como “sacramento del arte” (185), y más unida a la *música*, posibilita un encuentro con el Absoluto que prelude la inmortalidad, a través de la continua tragedia del tiempo como eje siempre esperanzado del vivir y morir.

Fernando Rielo es un poeta misionero. En este campo, lo primero, evidentemente, es la fe y la aceptación del Modelo como capaz de modelar la propia vida. Por eso, lo segundo es dejarse modelar y comunicar a los demás el gozo de esta relación transformante. Con su lenguaje místico, es capaz de atraer a otros al Amor del Absoluto. Evita las demostraciones. Simplemente, como decía Bergson, atrae y comunica su atracción a otros con la metáfora apropiada para envolver a la persona en una sana compenetración.

También el ensayo puede ser utilizado para comunicar la actitud mística⁸. Para Fernando Rielo, “Cervantes es místico” (182). Precisamente, “Cervantes pasó a la novela la mística española”. El Quijote imanta el éxtasis hispánico y expresa el amor (que es también dolor), tan propio del romanticismo español,

⁷ Tiene una gran producción en este género lírico. Destaco: *Dios y árbol*, Barcelona, Rumbos, 1958; *Llanto azul*, Madrid, Ornigraf, 1978; *Noche clara*, Madrid, Ornigraf, 1980; *Transfiguración*, Constantina (Sevilla), FFR, 1988; *Dolor entre cristales*, Constantina (Sevilla), FFR, 1990; *Antología poética*, Loja (Ecuador), UTPL 2006. Cf. También *Fernando Rielo. Un diálogo a tres voces*. (Libro de entrevistas por la Dra. Marie-Luise Gazarian), Nueva York, F.F.R., 1993 y *Constantina* (Sevilla), F.F.R., 1995, 87-115.

⁸ Fernando RIELO, *Teoría del Quijote. Su Mística Hispana*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982.

con los rasgos del cariño, el cuidado y la ternura. La esperanza está ejemplarizada en Dulcinea. *El Quijote* llega a ser una “teología novelada” (173).

Don Quijote pasa por la tierra “entre suspiros”, busca realizar ideales nobles y utópicos, con la denuncia explícita de cualquier forma de alienación, con gran fe en el hombre, responsable al máximo de sí mismo, capaz de alejar la confusión, el miedo y la soledad, para resucitar de sus propios desmayos.

Fernando Rielo se compenetra con el alma de Don Quijote, mostrando que su sueño (ideal de justicia, bondad y belleza) es el de España y América, distinto del ilustrado mundo tecnificado. Don Quijote no es un libertador político, y representa más que la estatua de la libertad, pues simboliza la lucha contra la fealdad moral de las personas y la “antítesis universal” de la vivencia simultánea del gozo y sufrimiento. Candidez, humildad (adobe de las demás virtudes) y el sacrificio de una lucha a muerte contra el egoísmo califican la vida de Don Quijote como oda a la inmortalidad. “Aceptar cuanto sucede, aprender tan solo a dar lo mejor de uno mismo a los demás, volcar del alma todo lo bueno y crear, más allá de toda circunstancia, que existe un insondable misterio y que sabemos que es bueno” (182). Así se logra la transformación espiritual como una forma de morir a sí mismo (salir de sí) para vivir en alguien. Desde la vivencia del propio límite, el alma está dispuesta a entregarse para llegar a la plenitud: superarse es lo contrario de alienarse.

Fernando Rielo, y no solo Cervantes, es también un místico no solo por su producción teológico-literaria, sino por su capacidad creadora, por su creatividad en todos los campos y, sobre todo, porque ha vivido el amor (más fuerte que la muerte), unido a Cristo que da posibilidades infinitas, sin el límite mismo de la propia vida.

También el *proverbio*, que sintetiza en pocas palabras la esencia de un sentimiento o acontecimiento, es vehículo artístico del pensamiento. El sentimiento conduce a un mejor conocimiento y añade la emoción a la razón, es decir, una “vivencia más entrañada” (190). Puede revelar el sentir profundo de la persona desgarrada por conflictos difíciles de racionalizar en un discurso de forma precisa, elegante y bella. Es posible descubrirlo y expresarlo si está precedido del silencio, del recogimiento de la inteligencia y de la quietud del corazón. Ejemplos de proverbios⁹: “El pensamiento es como un niño que no acaba de nacer” (189). “Pensar es bueno; soñar, mejor” (190). Y la autora, gran conocedora del místico, afirma: “La palabra de este pensador y poeta, Fernando Rielo, se inclina siempre hacia el Misterio y espera su fruto. Es palabra que busca siempre la verdad, y la busca a través de Dios y en el silencio” (188).

⁹ Para un avance de sus mejores proverbios, cf. *Transfiguración*, Sevilla, Fundación Fernando Rielo, 1988.

Los proverbios son campo para que florezca la expresión de la realización más plena de la persona: “Un beso dado oportunamente es más sabio que todos los libros” (191). “El corazón debe ser magnánimo frente a la severidad de la norma. Siempre que dudes... que sea tu corazón quien mande” (191). El egoísmo, por el contrario, enferma a la persona que lo vive y a sus relaciones. Y contestando a Sartre, sentencia: “El infierno del individuo es él mismo” (152). En esta perspectiva, vivir para sí mismo es desintegrarse como persona, mientras que entregarse a los demás conquista los corazones y atrae las bendiciones de Dios.

3. OBSERVACIONES DESDE UNA PERSPECTIVA DIFERENTE

Enfoque general

Esta obra es un referente para el futuro de todo estudio sobre Fernando Rielo. La autora, en identificación teórica con el autor, ha encontrado las expresiones más adecuadas para recoger en un estudio breve (231 págs.) una síntesis de todas las facetas literarias del místico. Sanchez-Gey inicia el estudio con una biografía intelectual del autor que permite hacer más comprensible su pensamiento filosófico y teológico. En seis grandes apartados (que la autora no quiere denominar capítulos) va desentrañando las tesis del fundador del Movimiento Idente, con referencia, en notas a pie de página, de la bibliografía precisa sobre el tema expuesto, tanto de las obras del autor como de los estudios sobre él.

Al final, Juana Sánchez-Gey propone a los lectores una bibliografía actualizada de la historiografía sobre Fernando Rielo. Esta obra, sin duda, facilitará el acercamiento intelectual y vital al pensador, poeta y místico.

Mi reflexión

El estudio presenta la totalidad de la obra de Fernando Rielo, de cuya envergadura no es fácil hacer un juicio crítico sensato ni precisar ahora su posible alcance a lo largo de los siglos. Por ser una visión cristiana y coherente con la fe en Jesucristo, tiene un gran valor para la vida actual, porque da un apoyo intelectual y ofrece una experiencia realista y madura del seguimiento de Cristo en estos momentos de crisis generalizada de la fe. Ofrecida por todo el movimiento idente, es una fuerza vital para la evangelización de la cultura y posibilidad de un encuentro con el pensamiento filosófico y teológico actual. Además, la creación literaria de poesía y antropología de carácter místico puede provocar positivamente la vivencia y la experiencia de Dios en el encuentro con Cristo.

La creación literaria de Fernando Rielo, que la obra de Juana Sánchez-Gey ha presentado, me admira por la profundidad a la que arrastra y la riqueza

que puede transmitir al que bebe de estas fuentes literarias, intentando dejarse penetrar por la fundamentación del Absoluto y llegar a ser consciente del regalo que Dios hace al que se deja inspirar por esta sabiduría.

Puedo disentir en algunos “pasos” concretos en este camino del espíritu crítico (como haré constar más adelante), que no impiden una adhesión general al todo de esta biografía intelectual.

Lo fundamental del contenido presentado remite al autor que esta obra estudia, es decir, al pensador Fernando Rielo. Y, según mi opinión, el núcleo principal se refiere a la creación conceptual de un “Modelo” (escrito con mayúscula, ya se está refiriendo a Dios mismo), que más tarde tiene funciones metodológicas para los distintos órdenes de saberes y práctica. Me detengo en este paso primero para hacer ver sus riquezas y posibles deficiencias.

La tesis discutible de Juana Sánchez-Gey, a este respecto, es esta: “las ciencias parten siempre de un Modelo” (27). Evidentemente, la modelación es uno de los métodos de investigación en las ciencias sociales. Pero no todas las ciencias parten de un modelo. Normalmente parten de la experiencia (sensorial e intelectual), con la observación del hecho y el método hipotético-inductivo-deductivo. Además, la filosofía y la teología no son ciencias empíricas. Aplicar el método científico a estos saberes puede distorsionar su naturaleza. Hay que mantener, sin embargo, que nuestro pensar no parte de cero, sino de las sensaciones y conceptos elaborados desde la más tierna infancia y de ciertos “a priori” culturales incorporados al conocimiento por socialización. El modelo creado por este “meditador y místico” supone un bagaje de experiencias acumuladas a lo largo de sus años anteriores, en las que están principalmente las vividas religiosamente (sentimientos, oraciones, gozos, decepciones intelectuales y morales, etc.).

En su producción filosófico-teológica, Fernando Rielo, para configurar su modelo idealizado del “Absoluto” (por lo cual, escribe con mayúscula “Modelo”), presupone, por lo tanto, muchas sensaciones, vivencias, conceptos y experiencias, que han llegado a cristalizar en convicciones que le posibilitan la configuración de dicho Modelo, que luego aplicará al estudio posterior de la realidad (individual, social, histórica, mundanal) y sus distintas manifestaciones. Por ej., en el orden transcendental, afirma la Dra. Sánchez-Gey: “Hablar de Modelo en metafísica significa tratar de averiguar ‘la realidad como es’ y exponer ciertas realidades que son paradigmáticas” (27), siempre partiendo del modelo elegido y diseñado conceptualmente.

Para Fernando Rielo, el Modelo es un “Axioma” (51) y así se presenta el Absoluto a la inteligencia: se parte de él como dato fundante que tiene carácter absoluto (supone que es imposible dudar de su legitimidad), es decir, vale absolutamente, y tiene como contenido al mismo Absoluto. Podríamos afirmar que es “Absoluto” en el contenido real y en el modo de pensarlo. Algo peligroso que recuerda el sistema hegeliano.

¿Por qué? ¿Porque el Absoluto es Dios creador e imprime a lo creado (que son manifestaciones del Absoluto) su propio carácter de Absoluto genético? (“Concepción genética del principio de relación”). Entonces, ¿podríamos estar ante un panteísmo dinámico, que conlleva la geneticidad del Absoluto al mundo? No, porque hay una distinción clara entre el creador y lo creado, y la claridad conceptual de una Transcendencia del Absoluto mantenida sin fisuras. El mundo es creado de la nada, que no es ni puede ser otro absoluto: no emana de Dios con carácter determinista. Hay una creación libre del mundo por parte de Dios. Y la geneticidad de la relación posibilita diseñar, según Fernando Rielo, las líneas de una interpretación ajustada a realidad de la experiencia del Absoluto en nuestra vida cristiana. Incluso la vivencia de la presencia trinitaria en la persona tiene aplicación hermenéutica desde el modelo; el momento místico del encuentro con el Absoluto se explica muy bien desde la experiencia personal del modelo genético de relación.

Se basa el Modelo no en el principio de identidad, sino en el principio de relación: la persona humana es, y está en la realidad, en relación al Absoluto, al mundo y a las cosas. La relación de la persona humana a las cosas es un dato de experiencia, incluso vulgar; la relación al Absoluto es una intuición obtenida por convicción y reflexión teórica (ayudada por el dato de fe) y por experiencia interior.

Sobre el Modelo, como punto de partida de la creación filosófica de Fernando Rielo, diré que habría que apuntalarlo (justificarlo) mejor como un *método posible del pensar filosófico*. Solamente sería posible esta justificación si se tiene en cuenta realmente que el modelo está creado desde la experiencia previa y que toda creación de la inteligencia tiene su origen en el sentir. A mi juicio, siguiendo a Zubiri, el sentir mismo es inteligente¹⁰, pues en el hombre lo sentido queda como realidad y no como mero estímulo que necesite una respuesta determinada.

Y, al sentir inteligentemente la realidad, esta aparece como abierta, suya, respectiva y mundana. Son momentos de la transcendentalidad de la realidad. Entonces la relación no es lo últimamente fundante, sino la respectividad de la realidad. Pero la relación fundada en la respectividad puede ser elemento de un axioma que nos permita verificar que *no solo estamos en relación* con Dios y con las cosas del mundo y, en especial, con las otras personas, sino que *somos relación*, pues esa relación (fundada en la respectividad de la realidad) nos constituye.

Según mi opinión, la validez del método del Modelo para la filosofía y la teología se puede admitir, a sabiendas de que el Modelo no es lo primero que

¹⁰ Cf. Xavier ZUBIRI, *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*, Madrid, Alianza / Fundación Xavier Zubiri, 2011, 75-188. Cf. Jesús SÁEZ CRUZ, *La accesibilidad de Dios. Su mundanidad y transcendencia en X. Zubiri*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1995, cap. 1: “La intelección sentiente y la instalación en la realidad”, pp. 29-49.

está dado en el sentir, sino que es una creación de la razón humana, que, partiendo del sentir, se despliega en logos y razón. Esta puede crear esbozos que luego verifica en la práctica, cuando los aplica e inserta en la realidad sentida y cotidiana, haciendo así experiencia del Modelo, es decir verificando la posibilidad que indica el mismo modelo¹¹. Se completa así el circuito experiencial: partir de la realidad dada en el sentir y volver desde el esbozo creado hasta el punto de partida de la realidad sentida, comprobando que el modelo (esbozo) se cumple en la realidad cuyo contenido hemos enriquecido.

Tampoco veo ninguna dificultad en que el Modelo mismo recoja una creación sobre lo que es Dios, en este caso Realidad Absoluta, en el orden de la razón sentiente y experienciante. Aquí hay que afinar bien para conceptualizar el paso de un concepto de absoluto (desde el cual esbozar el modelo del Absoluto divino), y verificarlo como fundamento de mi vida¹².

Incluso el concepto de "geneticidad" (modelo genético, principio genético de relación, etc.) es parte del axioma, pero es preciso describirlo para que tenga el significado pretendido por el Autor. "Relación genética" es sinónimo de estructural, constitutiva. Evoca el significado biológico de "gen" (segmento del ADN como principio de vida y determinante del soma), pero el sentido traído aquí no es biológico, sino una traslación de carácter metafórico que es más bien un "símbolo". Si el Modelo (Absoluto) es "genético" en su ser *ad intra* como relación de personas, el efecto de su presencia en las cosas creadas y, sobre todo, en las personas es también "genético".

Metodológicamente, opino que el punto de partida no es realmente la negación del principio de identidad sino la positividad del modelo. Pero de modo derivado, oblicuo o de carácter secundario, en la construcción teórica del Modelo está la contraposición de "modelo de relación" a "modelo identitario", porque Fernando Rielo reniega del "principio de identidad" clásico como fundante, por cuanto evoca estaticidad y unidad abstracta. Por el contrario, el modelo genético de relación evoca pluralidad y dinamicidad.

Como el Modelo recoge en el Absoluto también la Relación "ad intra" entre las personas (sean estas dos o tres, según la perspectiva filosófica o teológica), tendremos un Modelo que, en el orden de la fe, de acuerdo con el cristianismo, es una realidad trascendente, personal y trinitaria, creadora y providente.

Tengo la opinión contraria a Fernando Rielo sobre la necesidad de llegar desde la razón a una polarización trinitaria en dos personas. Creo que el punto principal de partida no es correcto si buscamos la radicalidad del

¹¹ Cf. Xabier ZUBIRI, *Inteligencia y razón*, Madrid, Alianza / Fundación Xavier Zubiri, 2008, 159-320. Sobre el método metafísico, cf. Jesús SÁEZ CRUZ, *Sobre el problema de la realidad*, Málaga, Editorial Original Writing Spain-Mis palabras, 2013, pp. 141-149.

¹² A este respecto puede consultarse mi estudio, "La marcha hacia Dios en X. Zubiri: La vía de la religación", en *Revista Agustiniiana* 24, n.103 (1993) 55-119.

pensamiento. Pues la relación, tal como la presenta Fernando Rielo (que une cosas o personas individuales), se basaría en el supuesto de que la realidad en sí misma, siendo relativa, tiene como base el individuo (aunque relativo). Creo que esta reflexión se enriquecería desde las aportaciones de X. Zubiri, que pretenden ser más radicales. En efecto, para este autor, la inteligencia sentiente aprehende la realidad como respectiva a todo lo real como momento estructural de la misma realidad dada en el sentir intelectual. Hay relación porque hay respectividad. Es en la respectividad, y no en la relación, donde habría que encontrar los conceptos adecuados al Modelo.

¿De dónde le viene al autor del Modelo la capacidad de conceptuar así el Modelo? Aparte del origen transcendente de la gracia santificante que pueda implicar (que se nos escapa, como continuo regalo de Dios, y que se encarna en procesos humanos de aprendizaje), tiene su origen en la realidad experimentada desde niño, referida en la información asimilada: sensaciones, concepción progresiva y más tarde reestructurada por la razón dianoética, y experimentada desde la fe y la vivencia de la gracia sobrenatural (oración, sacramentos, etc.). Influyen, cómo no, los conocimientos recabados del estudio de las ciencias humanas (biológicas, matemáticas, etc.). Todo ello constituye un bagaje que posibilita posteriormente la creación intelectual del Modelo, que se extiende, como hemos dicho, no solo al Absoluto, sino al conocimiento del mismo (en su esencia y en su acción) y a la vivencia práctica del Absoluto en la experiencia que de él podemos tener. La denominación “divina presencia constitutiva” (como presencia del Absoluto en el ser humano y su significación como don o comunicación gratuita en las creaturas) posibilita el conocimiento fundado de la relación del hombre con Dios (Absoluto-Trinidad).

El Modelo, como afirmábamos, detesta *el principio de identidad* (por razón de la interpretación racionalista del mismo a lo largo de la historia) y busca una base segura en la *experiencia* de las cosas dada en la relación. La identidad es presentada como un principio ontológico y, en consecuencia, también como principio lógico. Históricamente, el prototipo de este pensamiento es Parménides, con la afirmación “el ser es el ser”. En el racionalismo se ha intentado, incluso, derivar la identidad ontológica de la identidad lógica. Así Leibniz analiza la identidad de los indiscernibles. Por el contrario, los empiristas, como Hume, critican la identidad como clave de comprensión de la realidad que se nos da sensorialmente como cambiante. Kant postula la identidad personal como sostén del postulado de la inmortalidad. Fernando Rielo no pone en cuestión este tipo de identidad personal, sino el mantener la identidad como principio ontológico que supondría una concepción de la realidad aislada de las demás y abstracta. Metodológicamente, como hemos dicho, prefiere partir no de la identidad, sino de la relación como clave básica de la estructura de la realidad.

En definitiva, ¿es válido un Modelo así? Según mi opinión, vale en la medida que explica la realidad, es decir, en la medida en que desvela el misterio de Dios

y su presencia fundante en las personas y cosas del mundo. Se podría partir de otros modelos con rasgos similares, que también nos podrían ayudar a comprender de alguna manera la relación del hombre con Dios y a Dios mismo, con las limitaciones propias de este tipo de conocimientos. Cada modelo sería un esbozo posible para determinar qué es en el fondo tanto la realidad divina trascendente, como la realidad intramundana creada y la relación posible del mundo a Dios.

En la teoría antropológica me parece discutible el análisis de las potencias y facultades espirituales que presenta Fernando Rielo. Por ejemplo, es difícil encontrar la “facultad unitiva” en una descripción fenomenológica de la actividad espiritual. La unión es más bien un resultado de las relaciones interpersonales que engloba a todas las facultades espirituales y no una específicamente. Desde la fenomenología se han ido distinguiendo tres facultades por su objeto diverso: inteligencia, sentimiento y voluntad. Esto habría que transferirlo también a la acción personal y a los órdenes o niveles individual, social e histórico. También los posibles caracteres o atributos de la realidad divina habría que presentarlos desde un análisis de la persona más acorde con los datos de la fenomenología antropológica.

No habría que confundir la “experiencia humana” como concepto, derivada luego hacia la experiencia de Dios y hacia la plenitud humana, con los diferentes modos concretos de “experiencia humana”, como pueden ser la vida auténtica de felicidad y realización personal o, por el contrario, una vida alienada por diversas causas. La “alienación” (56) es una experiencia humana, aunque sea experiencia negativa de sí mismo. Igualmente, el concepto de “felicidad” necesitaría mejor fundamentación, para distinguir en la persona un dato fenomenológico (toda persona busca la felicidad) de la experiencia de la felicidad verdadera, en la que está presente tanto el don de Dios como la colaboración humana (expresión verdadera de la afirmación de F. Rielo: *Dios actúa en el hombre y con el hombre*).

Felicitemos a Juana Sánchez-Gey Venegas por la contribución al estudio y conocimiento de Fernando Rielo con esta “biografía intelectual”. Se necesitaba esta obra para ayudar al conocimiento de la sabiduría del Fundador de los Misioneros Identes. Yo propongo que nos ofrezca más adelante una “biografía espiritual” de Fernando Rielo, que nos ayude a conocer la santidad del Fundador de los Misioneros Identes.

Jesús Sáez Cruz, SDB
Facultad de Teología de Burgos
C. Eduardo Martínez del Campo, 10,
09003 Burgos
jesus.saez@salesianos.es